

EDITORIAL

Preludio

“Cuando José Arcadio Segundo despertó estaba boca arriba en las tinieblas. Se dio cuenta de que iba en un tren interminable y silencioso, y de que tenía el cabello apelmazado por la sangre seca y le dolían todos los huesos. Sintió un sueño insoportable. Dispuesto a dormir muchas horas, a salvo del terror y el horror, se acomodó del lado que menos le dolía, y sólo entonces descubrió que estaba acostado sobre los muertos. No había un espacio libre en el vagón, salvo el corredor central. Debían de haber pasado varias horas después de la masacre, porque los cadáveres tenían la misma temperatura del yeso en otoño, y su misma consistencia de espuma petrificada, y quienes los habían puesto en el vagón tuvieron tiempo de arrumarlos en el orden y el sentido en que se transportaban los racimos de banano. Tratando de fugarse de la pesadilla, José Arcadio Segundo se arrastró de un vagón a otro, en la dirección en que avanzaba el tren, y en los relámpagos que estallaban por entre los listones de madera al pasar por los pueblos dormidos veía los muertos hombres, los muertos mujeres, los muertos niños, que iban a ser arrojados al mar como el banano de rechazo” (Gabriel García Márquez. *Cien años de soledad*. Bogotá: Norma, 1996, pp. 358-359).

Al leer este pasaje de *Cien años de soledad*, uno siente pasmo al descubrir que, como en ese mundo cíclico recreado en la novela de García Márquez, nuestra historia en Colombia parece repetirse como si avanzáramos por aquella galería de cuartos con paredes de espejos por la que avanzaba José Arcadio Buendía hasta que el fantasma de Prudencio Aguilar le tocaba el hombro. Una historia cíclica la nuestra en la que cada capítulo es otro vagón lleno muertos, como aquel tren por el que se arrastra José Arcadio Segundo, tratando de huir de aquella pesadilla. Al repasar la recreación hiperbólica que hiciera el Nobel colombiano sobre la masacre de las bananeras de 1928, uno siente angustia al pensar que esa representación resultaría menos hiperbólica si se refiriera a la masacre sistemática ocurrida en Colombia a comienzos del siglo XXI, cuando, lo mismo que en aquella escena ocurrida en una estación de Ciénaga, los soldados dispararon sus fusiles contra el pueblo, pero con una diferencia insalvable: en esta escena contemporánea los soldados no dispararon para sofocar una huelga, sino que lo hicieron en una conspiración contra colombianos inermes,

la mayoría jóvenes y ajenos a la guerra, para atender a las órdenes de sus jefes que reclamaban aumento de los índices de bajas contra “el enemigo”. Hoy, ahora lo sabemos, muchas fosas comunes como la que ha sido destapada en Dabeiba son la evidencia irrefutable de aquella masacre sistemática contra civiles indefensos. Y si bien esto es muy doloroso, mucho más doloroso nos resulta que todavía haya tantos colombianos “de bien” que se niegan a reconocer semejante ignominia, como si todavía avanzaran por aquella galería de cuartos con paredes de espejos con la que soñaba José Arcadio. Por fortuna, cada vez se nota más la llama de una creciente civilidad en nuestro entorno, y de ello dan cuenta las manifestaciones, en su mayoría pacíficas, que se han dado en el país desde el pasado 21 de noviembre, donde la mayoría de los protagonistas han sido los jóvenes, y eso significa un asomo de esperanza, una ilusión de que es posible romper con ese mundo de violencia cíclica a la que hemos estado condenados desde hace tanto tiempo. Es, sobre todo, la esperanza de que, a diferencia de la estirpe de los Buendía, los colombianos sí podemos tener una segunda oportunidad sobre esta tierra.

El número 46

En esta edición, el inicio de nuestro recorrido a través de la literatura colombiana se remonta a los tiempos decimonónicos para examinar la obra de una poeta de aquella época en “Canto y cantor sepultará el olvido’. La poesía de Agripina Montes del Valle en el contexto del siglo XIX colombiano”, de Diana Echeverry Fernández y Guillermo Molina Morales. De allí saltamos al siglo XXI para visitar “El hogar imposible: la experiencia del desarraigo en *Tiempo muerto* de Margarita García Robayo”, invitados por Sergio Antonio Mora Moreno y Jorge Mario Sánchez Noguera. Por su parte Hugo Eliecer Dorado Mendez nos propone una mirada sobre la obra de Evelio José Rosero en “América Latina - entre heróis e carnavais: o *Laberinto* e a *Carroza* de Simón Bolívar”.

Por otro lado, John William Archbold nos recuerda que si bien la poesía indaga por lo sublime, a veces también se adentra en lo más bestial del ser humano, a través de su artículo “Recreación de la zoofilia en la obra de cuatro autores del Caribe colombiano”, donde nos encontramos con representaciones zoofílicas realizadas por Gabriel García Márquez, Jaime Manrique, Ramón Molinares y Raúl Gómez

Jattin. Enseguida, Juanita Albornoz Pelayo nos lleva de vuelta al siglo XIX para adentrarnos en un capítulo de la historia de la prensa colombiana en “*La Siesta: periódico literario* (1886): un proyecto literario y liberal inacabado”, el cual resulta propicio como preludeo para el tema que ocupa la mayor parte de este volumen, un dossier sobre las ediciones literarias en Colombia.

En dicho dossier, coordinado por la profesora Ana María Agudelo Ochoa, hacemos un recorrido por algunos de los capítulos más importantes en la historia del mundo editorial colombiano, como el que abre este especial, precisamente de la coordinadora, sobre “Ediciones Espiral y Editorial Iqueima (1944-1975): una apuesta por la literatura”; luego, en “Narrativa colombiana contemporánea’ (Ediciones Tercer Mundo, 1962-1967): valor y cambio literario dentro del espacio editorial colombiano de los años sesenta”, Danilo Penagos pondera el papel que jugó esta editorial en la renovación de las letras del país en los años sesenta.

Después, Nancy Estella Vargas Castro nos ofrece “Un breve recorrido por la historia de la editorial Norma (1960-2016) y sus colecciones de ficción y literatura para adultos”, y a continuación Paula Andrea Marín Colorado a través de las páginas de “El catálogo de Pijao Editores (1972-2000): una editorial ‘alternativa’” nos muestra el papel crucial que cumplió esta empresa como divulgadora de las primeras obras de muchos escritores de Colombia.

“Editorial Oveja Negra: del auge del libro de izquierda a la masificación del libro en Colombia” es la propuesta mediante la cual María Camila Aguirre muestra el modo como esta editorial se relacionó con dos fenómenos asociados al mundo de la edición en Colombia: el “auge del libro de izquierda” y la masificación de los libros. Este dossier lo cierra Almary Gutiérrez Díaz con “El Áncora Editores (Bogotá, 1980): un acercamiento a la editorial y su catálogo”.

Después de este recorrido, tan enriquecedor para todos los amantes de los libros, y con un valor adicional para quienes tenemos interés en el mundo editorial colombiano, pasamos a las siguientes secciones de la revista: en la sección de conferencias, Néstor Salamanca León nos presenta “El jardín y otros espacios vitales en la obra de Tomás González”. Y en la sección de entrevista encontramos “Calcinación de la palabra. Mario Eraso Belalcázar en su voz”, realizada por Alexis Uscátegui Narváez.

Y cerramos esta edición con la sección de reseñas: Andrés Arteaga nos presenta *Escribiendo la nación, habitando España. La narrativa colombiana desde el prisma transatlántico*, de Virginia Capote Díaz y Ángel Esteban; Gustavo Bedoya valora *La hoja de vida de un poeta español en Buenos Aires. Pedro Herreros 1890-1937*, con edición y estudio preliminar de Alfonso Rubio. Tamara Conrod examina *Juan Gabriel Vásquez : une archéologie du passé colombien récent*, estudio de Karim Benmiloud (director); Juan David Almeyda Sarmiento pondera *Donde nadie me espere*, de Piedad Bonnett.

Este es, apreciados lectores, el recorrido que ofrece la edición 46 de la revista *Estudios de Literatura Colombiana*. Al entregarlo, les damos las gracias a ustedes y a todos los que hacen posible esta publicación de la Facultad de Comunicaciones de la Universidad de Antioquia. ¡Salud!

Andrés Vergara Aguirre

Director editor